

CARRERA ~~LETAS~~

CÁTEDRA INT. A LAS LINGÜÍSTICAS

CÓDIGO LÉOI-37

DESCRIPCIÓN

AUTOR SAM SHEPARD

LIBRO CRÓNICAS DE MOTEL

CAPÍTULOS

COPIAS: 8 MONTO \$

Sam Shepard
en
CRÓNICAS DE MOTEL
(página 41)

me encontré con la doble de la Estrella
al abrirse hacia los lados las puertas del ascensor
y yo salía
y ella entraba
a las cuatro de la mañana
y vi que estaba absolutamente pirada
le pregunté qué había tomado
dijo 6 Valium y Vino Blanco
porque hoy era el último de rodaje
y le pareció que había que celebrarlo
cogiendo con algún tipo del equipo
y colocándose
porque éste era su pueblo
y ella iba a quedarse
mientras nosotros nos íbamos
y la tortura de no ser más que una doble
dejada atrás
en un pueblo en el que dolía haber nacido
estaba destrozándola ahora
de verdad
y eso hizo que volviera a avergonzarme
de trabajar como actor en una película
y provocar ilusiones tan estúpidas
de manera que me la llevé a mi habitación
sin planes respecto a su cuerpo
y ella se sintió desesperadamente decepcionada
intentó arrojarla por la ventana
y le dije que no valía la pena
no es más que una estúpida película
no tan estúpida, dijo ella, como la vida

1/11/81
Seattle, Wa.

Trucillo C. 10

Sam Shepard
en
CRÓNICAS DE MOTEL
(página 54)

Si todavía rondaras por aquí
Te agarraría
Te sacudiría por las rodillas
Te soplaría aire caliente en ambas orejas

Tú, que podías escribir como una Pantera
Todo lo que se te metiera en las venas
Qué clase de verde sangre
Te arrastró a tu destino

Si todavía rondaras por aquí
Te desgarraría hasta meterme en tu miedo
Te lo arrancaría
Para que colgara como un pellejo
Como jirones de miedo

Te daría la vuelta
Te pondría de cara al viento
Doblaría tu espalda sobre mi rodilla
Masticaría tu nuca
Hasta que abrieras tu boca a esta vida.

31/1/80
Homestead Valley, Ca.

*Sam Shepard. Crónicas de Motel.
Barcelona: Anagrama. 1985.*

Sam Shepard
en
CRÓNICAS DE MOTEL
(página 78)

A ver si lo entiendo

¿Decís

Que te tortura el no poder escribir

O que

No podés escribir porque estás torturado?

¿Decís

Que estos tiempos te han convertido en un
escéptico

O que

Estos tiempos confirman tu escepticismo?

Mira, voy a decirte una cosa

Preferiría tener que echarles el lazo a las reses

Que hablar de política con vos

Preferiría caer borracho perdido

Debajo de un camión con remolque

Tu desesperación es más aburrida

Que el *Merv Griffin Show*

Tu gimoteante lloriqueo

Tus grandes soluciones baratas para la delincuencia

Levantá el culo y ponete a cocinar

Hacé con tu tiempo

Lo que quieras

Pero no malgastes el mío

2/80

Santa Rosa, Ca.

Perdieron la emisora navajo a unos noventa kilómetros al Este de Gallup en la Highway 40. Simplemente, desapareció. Los viejos tambores se mezclaron poco a poco con los anuncios de McDonald's y con Tammy Wynette y al final se los tragó completamente el White American News: «Inglaterra contra Argentina.» Llevaban treinta y dos horas viajando por las carreteras, toda la noche desde más arriba de Modesto. Se turnaron al volante para poder dormir a ratos, pero como a ninguno de los dos le entraba el sueño acabaron viajando sentados el uno al lado del otro, cantando viejas canciones de Hank Williams y viendo la salida del sol sobre la carretera. A las mujeres no les había costado dormirse. Estaban enroscadas en el asiento posterior, en diversas actitudes terminales. Muertas para el mundo. Podían dormir en cualquier circunstancia. Era asombroso.

Cierta enloquecida actitud mental empezó a hacer presa en los dos hombres. Dejaron atrás el estado de queja interior por no haber dormido lo suficiente y pasaron a una especie de trance extático. Sus cuerpos abandonaron toda esperanza, y empezaron a contarse historias, mezclando al azar presente y pasado.

—Recuerdo que iba en un avión y llevaba el pelo cortado a cepillo, y un traje gris y corbata. Esto ocurrió en mil novecientos cincuenta y siete y me dirigía a una universidad, en Arizona. Sería la primera vez en mi vida que pisara el Oeste. Arizona State College..., «Los Diablos del Sol». Así que, hum..., recuerdo que una universidad era para mí una cosa muy encarada porque como yo había nacido en Jersey City y siempre había vivido en la Costa Este pensaba en las solemnes instituciones de esa zona. Y por eso intenté imitar la forma de vestir propia de esas universidades. Creía que la gente vestía así en todas las universidades. Bueno, pues el avión aterrizó en el desierto, bajé, yo no había estado nunca en el Oeste, y pensaba para mí, «oh, fantástico, es la primera vez que piso el Oeste, y por fin he llegado», y de repente me dio en plena cara una tremenda ráfaga de aire caliente. Era como un horno. Tenía la sensación de haberme metido junto al tubo de escape de los motores del avión. Jamás en la vida había sentido un calor tan intensísimo. No era más que el calor del desierto. Y a punto estuve de caer rodando por

la escalerilla del avión, y lo siguiente que noté fue el increíble pestazo de las boñigas de vaca. Boñigas de vaca por todas partes. Y la tercera cosa que me ocurrió fue lo de aquel tipo, el delegado de la universidad que habían enviado a recogerme. Creo que era alumno del último curso o algo parecido. Campeón de Lucha Libre. Llevaba puesta su chaqueta de Campeón de Lucha Libre. Un tipo rubio, muy bajo y fornido, con el pelo a cepillo. los extremos de los tejanos vueltos hacia arriba, y camisa de lunares. «Este tipo —pensé— va vestido como vestíamos en el Este hace diez años.» De modo que éstas fueron mis primeras tres impresiones fuertes a mi llegada al Oeste. Hace más calor que en el Infierno. Apesta a mierda. Y todo el mundo está anticuado.

Se dejaron el desvío de Santa Fe unos cuarenta y cinco kilómetros atrás. Pasaron volando, sin verlo. Sólo cuando ya se encontraban prácticamente en Pecos comprendieron su equivocación. Antes de salir de California habían hecho un pacto: no tendrían la camioneta a no ser que fuese absolutamente necesario. De modo que el cambio de conductor lo hicieron sin parar. Redujeron la velocidad a unos sesenta kph mientras el que estaba al volante se escurría hacia la derecha y el otro se deslizaba por debajo de él hasta ocupar su posición. Era un buen sistema. Volvieron inmediatamente atrás. Dieron un giro de ciento ochenta grados en la Highway 85, y en ese momento una de las mujeres habló. Había estado durmiendo tendida de espaldas en el suelo y ahora se sentó. A trancas y barrancas se alzó hasta apoyarse en el asiento delantero y le contó este sueño al conductor:

—Estábamos todos en Arizona pero yo me sentía completamente sola. Y me encontraba en un pueblecito indio y veía una y otra vez por el rabillo del ojo mágicos rituales secretos que se celebraban al final de las callejas. Indios que aparecían y desaparecían. Una de las cosas que vi fue a alguien que arrojaba sobre un pequeño túmulo ese polvo brillante y rojizo de la zona. Pero no pude ver quién lo arrojaba. Y luego alguien arrojaba polvo color lapislázuli sobre el polvo rojo, y se mezclaban de una forma especial. Después aparecía un guía. Era muy reservado, un

tipo muy flaco, como si fuera un inglés de los de Graham Greene, vestido con un traje blanco muy holgado. El viento rizaba la tela del traje. Le seguí hasta el túmulo y él me condujo a un sitio que era como una fábrica de carne enlatada con muchos niveles diferentes, y estaba vacía. Había muchos pisos de cemento, pintados de color blanco y verde oscuro. Luego cruzábamos unos pasillos de rejilla metálica, avanzábamos por unas pasarelas. Y yo le seguía hasta una habitación grande, donde se tenía la sensación de estar al aire libre. Entonces el tipo empezaba a quitarse la americana del traje. Tenía unos músculos enormes y todo el cuerpo salpicado de pecas. Después su cara se transformaba y adoptaba una expresión suave, blanda, también salpicada de pecas. Y me dio la impresión de que iba a revelarme una cosa muy importante. Torció el torso hacia un lado y levantó los brazos. Era como si fuese a empezar una carrera. Daba la sensación de que fuera a hacer una serie de poses pero se limitó a flexionar los músculos, repitiendo el movimiento rítmicamente. Como si todo su cuerpo, de cintura para arriba, estuviera latiendo.

En Santa Fe sólo se detuvieron el tiempo necesario para repostar, y luego tomaron rumbo Norte, hacia Chimayo. El dulce aroma del enebro se colaba por las ventanillas. Sobre la carretera planeaban los cuervos buscando lagartos y conejos muertos. Apareció a su izquierda la Mesa Negra y todos estuvieron de acuerdo en que comprendían muy bien que para los indios fuese un monte sagrado. Pero ninguno de ellos llegó a explicar por qué lo creía.

Aparcaron delante del Santuario de Potrero, una ermita de adobe situada en el centro de una arboleda de deshojados Chupos Americanos. Unos cuantos niños morenos jugaban a béisbol en la arena roja del patio de la iglesia, pero ninguno de ellos levantó la vista para mirar a los recién llegados. Un viejo Pastor Alemán yacía tendido de costado en medio de la suciedad del lugar. A su lado había un pato muerto al que le habían arrancado la cabeza. Parecía que el perro hubiese estado jugando durante varias horas con el pato muerto, pero que al final se hubiese acabado cansando de él. El perro les miró cuando pasaron a su lado, pero no se puso en pie. Ni siquiera levantó la cabeza.

La ermita estaba cerrada. De las puertas de roble colgaba un enorme cerrojo. Dieron la vuelta al edificio buscando una entrada, pero todas estaban cerradas. Cruzaron la plaza y encontraron una capilla más pequeña con las puertas abiertas de par en par. En el interior había varias hileras de viejos bancos de madera separados por un pasillo central. El piso era de linóleo azul turquesa. El linóleo estaba sujeto al suelo con tiras de aluminio. El altar se encontraba repleto de santos católicos y figuras de ropajes isabelinos. Esculturas de la Virgen María, de dos metros de altura y con los brazos abiertos. Flores de plástico en jarrones mejicanos. Latitas de atún para quemar incienso. Velas votivas. Velas de la buena suerte. Velas para pedir dinero. Velas para pedir salud. En el centro exacto del altar, una caja de cristal con los bordes de latón, y en su interior una muñeca vestida de encaje blanco, con una cinta roja en torno al cabello. Los ojos de la muñeca estaban completamente abiertos. Justo encima de la caja colgaba de la pared un crucifijo de dos metros. Su cara expresaba una angustia incontenible y sus ojos miraban directamente a la muñeca. A la derecha del altar se encontraba una cortina azul estampada con flores y detrás de ella un estrecho pasillo. Uno de ellos se acercó a la cortina y la abrió. Al pie de ella se abría un pozo de unos tres metros cuadrados, cavado en tierra y lleno de polvo rojizo.

La mujer que había contado el sueño sobre Arizona creyó haber visto un fantasma y salió corriendo de la capilla. Una vez fuera siguió corriendo hasta el camión. Un perro blanco corrió hacia ella, ladrando furiosamente. Ella se detuvo. El perro se detuvo. Se quedaron mirándose mutuamente un rato y luego el perro dio lentamente media vuelta y se alejó sin mirar ni una vez a la mujer. Justo ahora empezaba a oscurecer y no se oía más que el lejano ruido del motor de un Chevrolet trucado.

Al día siguiente pasaron junto a la pista de carreras para visitar al padre de uno de los hombres. Se encontraba sentado con la espalda encorvada en una mecedora de Arce con manchadas almohadas, sujetas con cintas al asiento y al respaldo. Estaba simplemente sentado allí, en una vacía habitación de cemento. Tenía la barba larga y roja. El cabello se le erizaba en la coro-

nilla, como la cresta de un gallo. Llevaba una vieja chaqueta acolchada de color negro, pero el sol la había desteñido en algunos puntos hasta volverla amarilla. Cuando intentó vanamente ponerse en pie ante la llegada de los visitantes, las manos le temblaron. De todos modos, apenas si pudo incorporarse a medias y luego se desplomó de nuevo en la mecedora y se le quedó una respiración entrecortada. Tenía los ojos azules, con salvajes destellos de asustado asombro infantil. Hacía tiempo que nadie iba a verle. En el suelo, a su lado, tenía una botella de Dickel's Sour Mash envuelta en una bolsa parda, una bandeja blanca de plástico llena a rebosar de colillas de cigarrillo, y una cajita de cartón por la que asomaba un periódico. Junto al padre se encontraba en pie un mejicano bajito, inclinado hacia él, como previendo la necesidad de tener que protegerle de los intrusos. Sus ojos grises estaban velados, como los de un caballo viejo que está a punto de quedarse ciego. Se presentó a sí mismo diciendo que era Steve Sandoval, y explicó que el día anterior había llevado al viejo a dar un paseo en coche, para que se airease un poco. Por el camino le predijo al viejo que muy pronto recibiría una visita. Probablemente, algún pariente. Dijo que había tenido esa corazonada.

El padre se agachó y cogió la caja de cartón. Empezó a sacar de ella objetos envueltos en papel de periódico. Le temblaban violentamente las manos mientras iba quitando el papel y aparecía un caballo blanco y negro de plástico con una silla de caucho. Se lo dio a su hijo. El padre siguió desenvolviendo más objetos. Una hebilla metálica con una estrella y las palabras Estado de Texas formando un círculo alrededor de la estrella; una ranita verde de cerámica con unas iniciales grabadas en la barriga; una piedra negra del Desierto. El hijo iba coleccionando todos esos objetos en el regazo y lamentó no haberle llevado ningún regalo al viejo. Se quitó su sombrero de paja Resistol y se lo puso a su padre en la cabeza. Le iba justo a la medida.

Intentaron sacar al viejo al sol, para hacer algunas fotos de la familia reunida. El hombre llegó a trancas y barrancas hasta la puerta y se dio de bruces con una cortina de latas de cerveza fabricada por él mismo. Soltó una maldición contra la gravilla

que había pisado y, tropezando continuamente, llegó hasta la pequeña extensión de parda hierba que crecía junto a la fachada. Se plantó muy firme en la hierba y proclamó que él mismo la había sembrado.

—El único césped auténtico de todo el pueblo —dijo.

Le ayudaron a entrar y de nuevo se desplomó en la mecedora. Le dijeron adiós allí mismo y él estrechó las manos de todos con gran firmeza. Les sorprendió que le quedaran todavía tantas energías.

Les costó un día y medio llegar a Needles. Todos dijeron que esta vez querían tomarse el viaje con más tranquilidad. Que no tenían ninguna necesidad de pasarse toda la noche conduciendo como locos. Cuando pararon a repostar consiguieron que un viejo de la Gasolinera Shell les sacara una foto a todos juntos, delante del camión. Las manos del anciano no paraban de temblar mientras hacía esfuerzos por enfocar el complicado zoom.

Entraron en el Desierto Mojave con el depósito lleno y convencidos de que llegarían a Barstow. El conductor recordó haber leído en algún sitio que ésta era exactamente la misma ruta que había tomado en mil novecientos cincuenta y siete Merle Haggard cuando huía de Flagstaff y la Patrulla Móvil. Pero Merle había hecho el recorrido a pie y en medio de los fríos de noviembre, haciendo auto-stop a los Apaches ebrios que encontraba a su paso, y subiéndose a los trenes. Pero sólo para que volvieran a pillarle en Bakersfield. El conductor recordó otra ocasión en la que había estado en este desierto, pero entonces era un muchacho.

—Era cerca de Barstow. Un pueblecillo del que ni siquiera recordó el nombre. Probablemente en los mismos suburbios de Barstow. Habíamos llegado en coche procedentes de Cucamonga, el pueblo donde vivía mi amigo. Ed Cartwright. Estaba loco. Siempre andaba tomando Benzedrina. Traía al instituto la bolsa de comida llena de anfetaminas. Les cambiaba a los otros el postre por una pastilla. Hostess Twinkies y cosas así. Los dos estábamos en el equipo de atletismo. Ed y yo. Los dos corríamos las doscientas veinte yardas. De hecho, tanto él como yo batimos aquel año el récord de la Liga. No se lo podían creer. Dos

chicos del mismo instituto que batían el récord de la Liga, que según creo no ha vuelto a ser batido en quince años. Me parece que lo dejamos en unos veintitrés segundos. Una cosa así. Con aquellas pastillas, más que correr, volábamos. Y nadie sabía que nos dopábamos, claro. Lo único que sabían era que determinados días corríamos más o menos como los demás, pero otros días nos convertíamos en auténticos cohetes enloquecidos. Después de uno de esos sprints teníamos la sensación de que estábamos a punto de sufrir un ataque cardíaco en la nuez. Tardábamos algo así como una semana en recuperarnos porque, como durante la carrera no notábamos el dolor, nos destrozábamos los músculos. No sentíamos ningún dolor, nada. Sólo la maravillosa sensación de velocidad y victoria. Bueno, pues, Ed pasó a recogerme una mañana con su Impala del cincuenta y ocho. Fue el primer gran año del Impala. Creo que era el del motor de 350. Muy potente para aquella época. Tenía una cola verdaderamente bonita con aquel cromado que se torcía y enmarcaba las tres luces rojas de posición a cada lado. Personalmente, yo prefería las aletas del Bel Air del cincuenta y siete, pero este nuevo Impala era una auténtica bala. Dejaba atrás a todos los coches de su categoría en la Pista Irwindale Drag. Bueno, así que Ed vino a recogerme muy temprano. Siempre fue un madrugador. Creo que, de hecho, cuando estaba a régimen de pastillas no pegaba ojo. Salimos por los viñedos de la antigua Baseline Highway. Esta era la carretera que prefería él porque casi nunca había coches patrulla. Solían buscar jaleo más bien bajando por Foothill o por la autopista de Pomona. Allí es donde te enganchaban siempre. A Ed le encantaba la Baseline y no levantaba el pie del acelerador hasta llegar a Cajon Pass.

»Cuando llegamos a lo alto de la montaña me dijo que tenía un tío que era una rata del desierto. Que vivía en una cabaña de hojalata perdida por allí. Que tocaba el piano y cuidaba cabras. Un auténtico solitario. Pero que era un tipo fantástico. Que nos daría todo el whiskey que quisiéramos. Yo le dije que no había bebido whiskey en mi vida. Sólo había bebido Vino Ripple y Licor de Malta Country Club. Generalmente las dos

cosas a la vez. Ed me dijo que si era así, seguro que jamás había estado verdaderamente borracho. Y resultó que tenía razón.

»Cuando llegamos por fin a la cabaña era la una de la tarde y hacía un calor increíble. Bueno, Barstow en verano es peor que un horno. Seguro que había más de cuarenta y tantos grados. Mirando el techo de hojalata, se veía flotar encima de él un mar de olas de color rojas y verdeazuladas. Y cabras por todas partes. Cabras de todas clases. Subidas al porche. Atadas a neumáticos de tractor. No conseguí averiguar qué comían. Parecía como si se dedicasen a masticar arena. Allí no había hierba. Cuando nos aproximábamos oímos la música del piano, que parecía colarse a través de las paredes de la cabaña. Tocaba a la antigua, y de forma verdaderamente magnífica. Un poco a la manera de Tatum pero con menos virguerías. Más bien como Litta Brother Montgomery. Sin florituras. Bien, pues entramos en la cabaña. Ed llamó e inmediatamente pasó al interior, sin esperar. Y yo le seguí. Y allí estaba aquel viejo aporreado un vetusto piano vertical al que se le había saltado buena parte del barniz. El siguió tocando como si nada. Había puesto un ventilador eléctrico encima del piano, orientado directamente hacia su cara, y llevaba un sombrero de paja hundido hasta las cejas para que no volase. En el asiento, a su lado, tenía una botella de whiskey y un vaso. Por todas partes zumbaban las moscas. Moscas de la carne. Tábanos. Todos los tipos imaginables de moscas. Moscas jodiendo a otras moscas. Trepaban por el cuello del viejo, y por sus brazos, y aterrizaban en sus manos, y caminaban por sus labios y se le subían por la nariz, pero él no dejaba de tocar. Era como si el tipo estuviese en trance o algo así, y nosotros nos quedamos mirándole como un par de imbéciles hasta que por fin terminó esa pieza. Se titulaba «Madagascar». Eso nos dijo cuando por fin terminó. «Madagascar.» Jamás olvidaré este nombre. Bien, pues nos pasamos todo el día allí, bebiendo whiskey con él. Nos dio todo el que fuimos capaces de tragar, que resultó no ser mucho. La combinación del calor, el hambre, las anfetis y encima el whiskey me hizo pensar al final que estaba a punto de volverme loco. Pero, fuera como fuese, aguanté. Y entonces, de repente, el tío de Ed tuvo la gran idea.

—¡Vamos a cazar conejos! —dijo—. ¿Qué os parece?

Y el rostro se le iluminó casi exactamente como el de Walter Huston en *El tesoro de Sierra Madre*. De hecho el viejo me recordaba muchísimo a Walter Huston. Era como un duende. Se puso excitadísimo, salió corriendo hacia la cocina, empezó a sacar de la alacena cajas de balas del veintidós largo y luego trajo tres pistolas que guardaba en una bolsa de lona verde que tenía debajo de la cama. Nos dio una pistola a cada uno y arrojó un montón de balas en la mesa de la cocina. Después de cargar nuestras armas salimos tras él por la puerta trasera. Caminaba con un gracioso paso estevado y llevaba una enorme linterna negra en el bolsillo. Yo estaba tan pirado que ni siquiera me había dado cuenta de que ya era de noche. Pasamos entre las cabras y todas se le acercaron corriendo y armando mucho ruido, como si creyeran que iba a darles de comer o algo así. El se rió y las apartó con un ademán de la mano, como diciéndoles que ya les daría su comida más tarde. Y todas se alejaron como si le hubiesen entendido. Estuvimos caminando un buen rato en línea recta por el desierto. No nos detuvimos hasta transcurrido un buen rato. Ninguno de los tres hablaba. Recuerdo que mis ojos tardaron bastante en acostumbrarse a la oscuridad. Me pregunté muchas veces por qué diablos no usaba la linterna. Cuando se lo dije a él, me contestó que todavía no era muy de noche. Además, dijo, él veía bien en la oscuridad. La linterna la llevaba solamente para «congelar» a los conejos. Como ocurre con los ciervos. La luz les hipnotiza y se quedan sentados, muy quietos. Y, efectivamente, en cuanto el viejo iluminó a un conejo con su linterna, el animal frenó de repente su carrera y empezó a agitar la nariz en nuestra dirección. Descargamos nuestras pistolas contra todos los puntos posibles de su cuerpo, pero no cayó. Se limitó a pegar un brinco y agitar el hocico a cada disparo. Cargamos de nuevo las armas y repetimos el proceso. Esta vez mis pensamientos vagaron muy lejos de allí. Cada vez que alcanzaba al conejo, cada vez que una bala atravesaba su cuerpo, me acordaba de una chica. Una chica mormona. No eran unos pensamientos especialmente sexuales. Más bien tiernos. Y flotaban en los silencios que mediaban entre un disparo y el siguiente. Vi sus

labios rosados. Sus brazos extendidos hacia arriba. Se me ocurrió tratar de alcanzarla, a pesar de saber que se había alejado hacía mucho tiempo. Recordé su voz. Me pregunté si ella se acordaba de mí alguna vez. Y justo en aquel momento comprendí que las cosas están muy separadas las unas de las otras. Que las cosas más íntimas están alejadas. Vi mi mano sosteniendo la pistola. Las repetidas explosiones verdes y anaranjadas y luego volviendo al negro. La mano iluminada y luego oscura y luego iluminada otra vez. La mano desconectada del cuerpo. El conejo acabó muriendo.

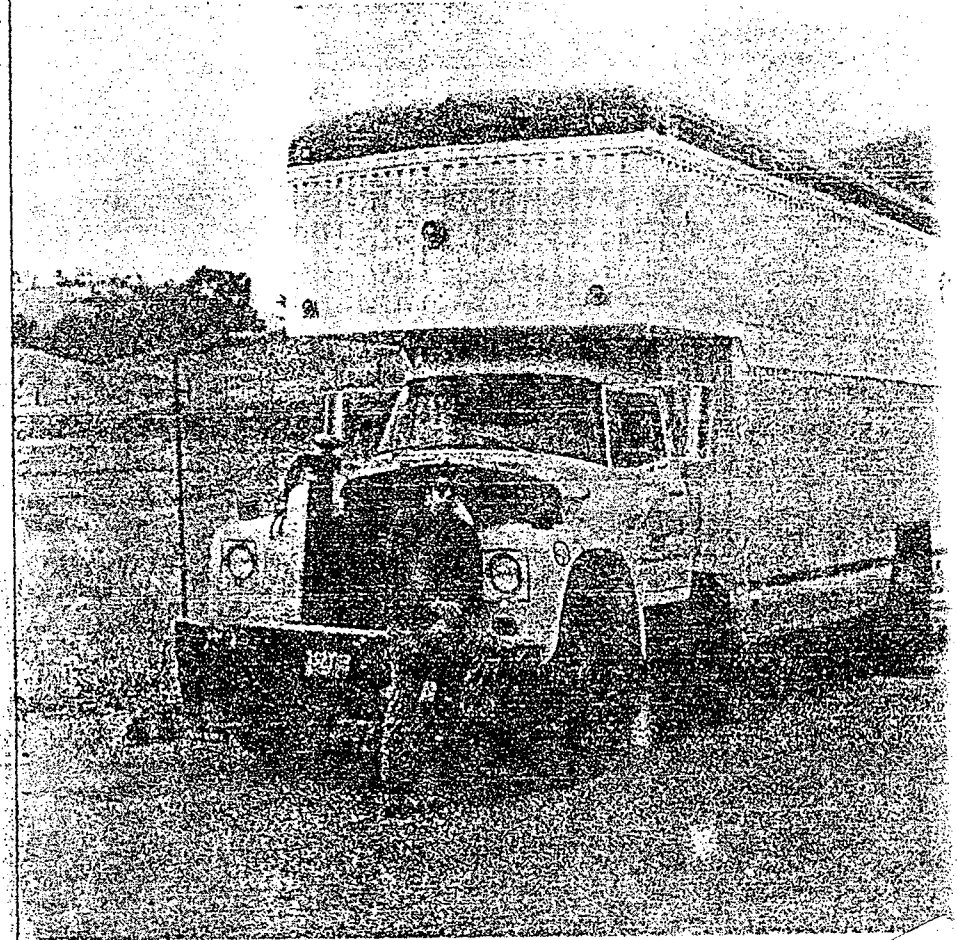
Llegaron a San Rafael a eso de las seis de la madrugada. Los perros salieron corriendo a recibirlos pero ninguno de ellos parecía tener fuerzas suficientes para bajar del camión. Las mujeres dormían y los hombres se quedaron quietos, mirando la puerta azul del garaje. Las calles estaban desiertas. La niebla trepaba por las colinas a lo lejos y nadie se movió hasta que empezó a lucir el sol.

14/4/82

Bluewater, New Mexico

18/4/82

Barstow, Ca.



Original revisado y aprobado por el docente.....
96 Quien firma en conformidad con el estado de
Original.
.....